

Presentación del libro del Dr. Jorge Alan Flores Flores, El mar mismo, sobre la obra literaria de Enrique Servín Herrera

Presentation Of The Book by Dr. Jorge Alan Flores Flores, The Sea Itself, About The Literary Work Of Enrique Servín Herrera

Dr. Roberto Lawrence Ransom Carty^{1*}

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CHIHUAHUA

roberto.l.ransom.c@gmail.com

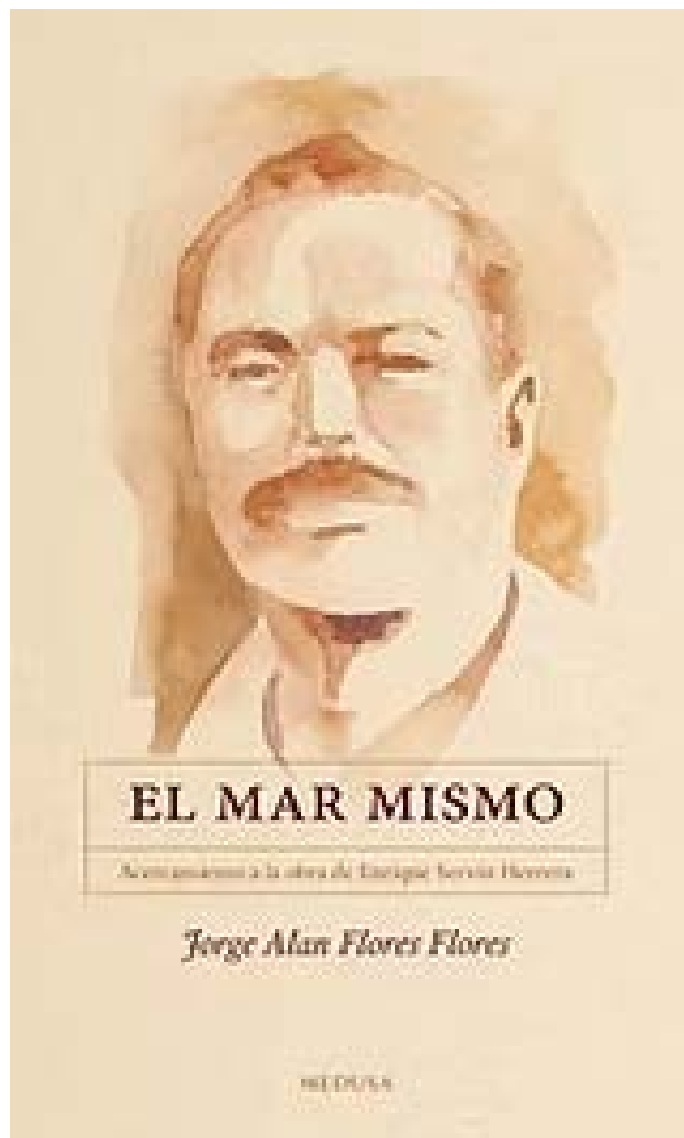
<https://orcid.org/0000-0002-9259-2116>

<https://doi.org/10.54167/leteo.v7i13.2341>

Fecha de envío: 13/03/2026

Fecha aceptación: 15/05/2026

1 * Doctor por la Escuela de Ciencias Religiosas de la Universidad de Virginia. Licenciatura en Literatura dramática y teatro, Letras Modernas, UNAM. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Escritor literario (novela, novela corta, cuento corto, ensayo, teatro, poesía). Profesor de tiempo completo en la Universidad Autónoma de Chihuahua. Líneas de investigación: narrativa y ética, tragedia y pensamiento trágico, catolicismo del siglo XX, estudios de la representación.



El libro del Dr. Jorge Alan Flores Flores me permitió conocer a Enrique Servín, amigo querido, de otras maneras. Lo cual puede resultar extraño, una primera contradicción (en este caso al exterior del libro). Nuestra plática era sobre cantidad de temas, pero pocas veces hablábamos de literatura, y menos de la propia, aunque yo leí y comenté parte de su obra, y el leyó parte de la mía y fue un generoso presentador de la misma. Se requiere de una distancia, supongo, poder mirar a alguien muy cercano como poeta y literato, a diferencia de como persona. Es otro modo de empatía la de Jorge Alan, desde el poco involucramiento en la vida y la distancia ineludible que marca la muerte, pero desde una lúcida cercanía a los

textos de Servín, sobre todo a la poesía. El aspecto más valioso de este libro es Flores como lector.

Flores ha escrito un extraordinario libro por muchas razones, que yo comparo con la Poética de Aristóteles. *El mar mismo* es un libro mucho más extenso que sus 136 páginas, segundo, es muchos libros y, a mi saber, el primer libro sobre la obra de Enrique Servín. Lo atinado del subtítulo, “Acercamiento a la obra de Enrique Servín Herrera” (un género en sí, los subtítulos), y la claridad, profundidad y alcance de ese acercamiento. Llega en muy buen momento y abre vereda. No se puede exagerar su valor. Uno agradece su bella hechura y excelente calidad, a manos de Medusa, una joven casa editorial chihuahuense que ya ha ganado un sitio de prestigio entre las editoriales independientes mexicanas.

Con respecto a lo prometido, Aristóteles. Su Poética es muchas cosas sin dejar de ser sobre todo un tratado filosófico y respuesta a su maestro Platón: historia (literaria), estudios de género (literarios), nomenclatura, normativa, manual de uso. Es el primer libro de su clase. Hemos perdido la segunda mitad del mismo, que versa sobre la comedia, para quedarnos con la primera mitad, que es un estudio general de la poesía dramática pero se concentra en la tragedia clásica ateniense, puesta en escena o leída. Para nosotros, ya no es posible ponerla en escena. Pero su estudio sobre las seis partes que la componen ha formado, en parte al menos, a quienes se dedican al teatro, y a otras artes, por lo menos desde el renacimiento.

En el caso de Flores, ¿cuáles son algunos de estos libros sobre la obra de Servín? De sus lecturas y relecturas para este libro, Flores, a su vez, se queda con el deseo de querer entenderlo mejor, conocerlo. Ahora, la única manera de hacerlo es mediante su legado, frente a la obra. Con honestidad, entrega y rigor nos presenta el primer libro escrito sobre el extraordinario poeta, lingüista, poliglota, traductor, conocedor y promotor de los derechos de las etnias

nativo americanas, en especial los ralámuli, que fue Servín. Es el libro de un lector y de lustros de lectura, de un crítico literario, ético, estético. Es una biografía literaria e historia de la literatura, desde Servín hacia la literatura universal y de vuelta a Servín. Es un ensayo sobre la vocación, el acto de crear, la poiesis de Enrique. Medita la traducción como fenómeno. Atraviesa el libro el amor de Servín a los ralámuli y el valor que le da al poder del mito. (p. 119) Es un trabajo biobibliográfico, de investigación sobre las fuentes y hallazgo de las mismas. Aportación muy valiosa esto último: Jorge Alan como recopilador del “corpus servinista” en sus distintos géneros y medios (107). También es un libro técnico y académico, pero que desborda esos dos enfoques mediante una lectura heurística. Es un entusiasta que lee a un Entusiasta, desde el contagio... a veces casi delirio, y se lee y relee con gozo, sorpresa, agradecimiento, aprendizaje. Es una reflexión estilística sobre la poesía, y prosa, de nuestro querido poeta, que abre, necesariamernte, luminosamente a otros y a otras poetas. Es un estudio sobre los géneros, sobre todo en las páginas dedicadas a *Cuaderno de abalorios*, el título como un verso más, aforismos como ética y como ensayística, el título como género, el abalorio como la liberación del carácter sapiencial del aforismo, el aforismo como argumento o núcleo argumental. Es una nueva forma de aforismo, oculto debajo del disfraz del abalorio. El aforismo servinista.

Lo trató poco como persona, pero sí lo leyó y tuvo la fortuna, como él mismo subraya, de escucharlo en varias clases, de duración diversa, de asomarse a varios talleres breves. Queda fascinado, maravillado, conmovido. Lee Servín en voz alta a San Juan de la Cruz, Lezama Lima, César Adriano (vía Marguerite Yourcenar), Mishima, Arreola, Borges. Percibe que le alarma, casi, a Servín, la tarea (¡la urgencia!) de compartir la verdad y la belleza de los poetas. Lee a los autores ya nombrados y a otros, en voz alta y de memoria, volviendo oralidad la letra impresa, vivificán-

dola, enseñando (escenificando; tenía algo de actor, Enrique: sus personificaciones eran geniales) el acto de leer o escuchar.

Flores muestra y ejemplifica varios de los valores de la poética de Servín: musicalidad, sensibilidad, vitalidad, paradoja, precisión, economía, ironía, finura, fascinación, sentido del humor y, quizá, sobre todo, empatía, afín a la capacidad negativa del poeta inglés John Keats, definida como la “habilidad para renunciar a su propia identidad y empatizar plenamente con el objeto de su poema, ya sea una persona, un objeto o la naturaleza”. En su carta a su hermano (una mini-poética) Keats compara la experiencia del poeta con un gorrión que se integra en el entorno. La capacidad de escribir no “desde una piedra como tal”, como expresa Italo Calvino en sus *Seis propuestas para el próximo milenio*, pero sí desde un perico, por ejemplo. Flores desarrolla el modo en que en la poesía de Servín la imaginación y la emoción se conectan de modo profundo con el sujeto. Esta sensibilidad me parece, en la obra de Servín, no asunto de afinidad con el romanticismo, sino, sobre todo, las enseñanzas cuando niño de su propio padre, y el aprendizaje de décadas con distintas etnias nativo americanas, sobre todo los Ralámuli.

Enrique Servín sería, según el bello libro de Walter Muschg, *Historia trágica de la literatura*, el poeta como cantor a la naturaleza y de lo que el hombre tiene de naturaleza. Jamás supe que pretendiera, sin embargo, ser aprendiz de chamán. Flores muestra y ejemplifica cómo Servín ubica al hombre en la tierra, lo cual me recuerda a Merleaux-Ponty sobre nosotros como “carne del mundo”, entendida como la unión del cuerpo percipiente con el mundo percibido. Olvidar esto ha sido la principal soberbia de Occidente. Sólo en este sentido, en la superación ontológica de la división sujeto-objeto podríamos hablar de una afinidad de Servín con la poesía mística. No podría hablar de él como panteísta, ya que Dios no entra en su poesía.

Jorge Alan escribe: “Sobre el más erudito de los poetas que fue también el más sabio y el más probo”. En esto es una lectura ética. Lo sapiencial como ejemplar se vuela no sólo personal (fue fiel a sí mismo), relacional (familia, amigos, colegas) sino también social, de la ciudad. Creo que de escuchar Enrique a alguien referirse a él como sabio, su reacción hubiera sido una corta risa, una sonrisa irónica, una puntada. Pero sí lo fue (sabio) como bien desarrolla Flores. Baste con hablar de su fidelidad a su familia de origen, a su familia adoptiva, a sus amigos, a sus comunidades. Aparte, un poeta impregnado de tantas poesías en tantas lenguas y épocas no elude (aunque lo desee) la sabiduría. Así que tenemos a un poeta cantor a la naturaleza, emotivo y ético.

Flores menciona la persona del poeta, de modo explícito, poco, pero intuye mucho y esto se vislumbra entre líneas. Servín fue traductor, brillante y nato lingüista, políglota asombroso, también antropólogo autodidacta (aunque no sé si le agradaría esta descripción), conocedor del derecho occidental como licenciado en derecho, poeta, selectivo y extraordinario lector, dueño de una maravillosa biblioteca, “la más bella biblioteca personal que he conocido”, en palabras de Sergio Pitó, pedagogo (su creación de géneros literarios y aportación a los mismos), antologador, compañero de ruta (hijo adoptivo posiblemente, no me toca decirlo) de los ralámuli, viajero. Volvía de sus viajes, a Banff, Canadá, y desde las amistades que surgieron ahí y supo cultivar, a varios países nórdicos, la India, China (varias veces), experiencia justa y merecida de los últimos lustros de su vida, con el asombro de un niño y una vitalidad renovados. Estos viajes marcaron, a mí parecer, un antes y después en la vida de Enrique.

Su obra es una oda al cuerpo humano y su sensibilidad. Es experiencial (100-101). Tenía algo de hedonista y sibarita (dicho como elogio), gourmet, aunque comiera de todo (decía de sí mismo que tenía estómago de trailerero), por ratos, chef, junto con

Tere, su comadre, ¡conversador formidable! Su bagaje era, como escribe Flores, el de una “puerta”, “más que bibliotecario”. Humorística comparación con Borges, con quien Servín comparte –al igual que Jorge Alan–, la visión hedonista de la literatura. Flores agrega que la relación de Servín con Borges se estrecha en cómo conciben la lectura. Borges escribe: “La lectura debe ser una de las formas de la felicidad”. Servín: “[..E]l fin último del hecho artístico, que es el disfrute” (122). Nadie puede leer a fuerzas. Servín fue escéptico ante las capacidades, proyectos y ambiciones humanas. Escéptico frente a las leyes humanas, que son formas de legitimar la corrupción del poderoso. Su antropología sería la de la subordinación humana a la naturaleza.

Un poco para llevarle la contraria a la lectura que hace Flores de Servín, podría argumentar que su gran persona, vida y obra son mejor descritas como las de un hombre racionalista, incluso como un “ilustrado”. Hombre, sobre todo, racional, le temía a cualquier dominio u homogeneización, valoraba la pluralidad y communitas, así como el equilibrio de los poderes, la justicia social, la equidad y la rendición de cuentas (a la vez, los veía como utópicos y era de los pocos temas en los que se mostraba cínico y fatalista). ¿En qué medida no era occidental? Su defensa de los pueblos nativo americanos era desde una óptica occidental, al menos en parte. ¿Cómo entender su rechazo a occidente? Su discurso no era poscolonial o decolonial; era demasiado realista y complejo su pensamiento. Prefería hablar, y actuar, a favor de una formación monolingüe para las etnias nativo americanas (en su lengua materna), para posteriormente –a partir de la secundaria– aprender otras lenguas, comenzando (en el caso de los ralámuli) por el español, y así cursar desde la preprimaria hasta nivel posgrado. Insistía en el éxito de los Inuit en este sentido. Su preferencia por lo no occidental, viene desde las realidades y los saberes de los no occidentales (o mínimamente occidentalizados), pero también viene del rechazo de oc-

cidente a occidente. También habría que considerar, como lo hace Flores, que viajero literal (en las lenguas y literaturas de épocas muy distintas, en el mundo) su visión histórica tendería a una visión de éras más que de décadas. Nunca le escuché decir nada sobre “eternos retornos”, “metempsicosis” o la historia entendida como sólo cíclica. Fue un excelente ejemplo de algunas de las principales virtudes de la civilización judeocristiana y grecolatina. Le abrumaba, como a muchos, la violencia y la corrupción de nuestra realidad mexicana. Por lo mismo, no creía en las instituciones. En otra latitud o longitud quizá hubiera escogido la social democracia o la democracia socialista. Podría incluso imaginar a Servín como un anarquista no violento y comunitario *avant la lettre*. Flores no ignora esto. Habla desde el Cuaderno de abalorios de la “racionalidad y preocupación humanística y filosófica” de Servín (106).

¿Desde dónde escribe Flores? Nos da tres discretas pistas. Bloom, ver epígrafe, “de quien me he servido para dar un marco teórico a la obra y sensibilidad del maestro chihuahuense”. Flores considera genio a Servín. Carlyle: “Toda obra humana en el fondo es deleznable, pero su ejecución no lo es”. ¿Qué diría Servín de estos esfuerzos (encomiables) *post mortem*, cuando en la vida debía sobrevivir como poeta cortesano pero la corte era el gobierno del Estado de Chihuahua? ¿Le cuadraría cualquier culto a la persona, cualquier idealización? Quizá agradece esta fama, kleos, tan clásica, la única supervivencia posible. ¿Se imaginaría así por momentos? ¿Era su propio artífice también en esto? El tercero es Rorty que atraviesa el libro de Flores de modo transversal, siempre discreto, nunca dominante, con sus valores de contingencia, ironía y solidaridad (como base de una sociedad demócrata), también título de unos de sus libros. Sé de Flores, Bloom, Rorty y Servín (así como Nabokov) que son liberales, de alguna manera y, quizá, sólo en parte. ¿Las influencias en Flores llevan a un *strong misreading*? No lo creo, ya que es Flores quien escribe

y aun cuando la inclinación sea hacia la genialidad, está bien sustentada y libre de sentimentalismos. No prosigo en este breve *excursus* ya que es tema para otro ensayo y más propio de una biografía que de una presentación.

Lo que más me conmovió de este libro, que es una trenza multicolor, fueron las páginas en las que Jorge Alan se muestra, se posiciona, como discípulo (desde la obra de Servín). Se plantea las preguntas cardinales sobre el poeta: ¿Qué posición toma frente al mundo? ¿Frente a la tradición? ¿Cuál es su sitio como poeta? Hay en Flores una postura casi ignorada en la actualidad, muy ligada con lo anterior: reconocer al autor o autora, su excelencia, su impronta en la vida propia del lector. Habrá escritoras y escritores valiosos sobre quienes no se ha escrito libro alguno. También habría que considerar que el libro de Flores parte de la poesía, traducciones y otras prosas de Servín para volver a las mismas; es decir, el libro no es objeto de estudio desde otros campos como la teoría crítica o los estudios culturales. Se parece más a aquellos estudios filológicos, estilísticos, comparativos, valorativos dentro de una lengua. La tradición de siglos de los grandes críticos literarios, de la teoría literaria. Fue la principal práctica de no pocos de los grandes lectores, hombres o mujeres, quienes ponían sus reflexiones por escrito, dentro y fuera de la academia, muchos de ellos excelentes y hasta brillantes prosistas. Para quienes tienen mi edad ahora, así como hace una o dos generaciones, para no extendernos de más, sus textos fueron parte de nuestra propia formación humanista.

No los nombro, ya que los que me vienen a la mente son en su mayoría hombres y europeos o estadounidenses. ¡De ahí una de las razones (no sin validez) del exilio, parcial y, espero, no permanente, de los no nombrados del ámbito universitario! Es el ensayo de Flores, en esto, una hermenéutica de la recuperación con respecto a una manera de entender y practicar las humanidades, así como de algunos valores humanís-

ticos que no deberíamos desechar a la ligera. Flores, mínimo, quiere que se siga leyendo a quienes nos dan voz y carne, así como placer, con su obra.

Christopher Domínguez Michael, uno de nuestros propios críticos literarios, expuso como parte de un ciclo de conferencias, como integrante de El Colegio Nacional, un discurso sobre los críticos del sur de los Estados Unidos en los años veinte y treinta del siglo pasado: “Los críticos son, en buena medida, discípulos, seguidores, a veces críticos, antagonistas, de la figura de T. S. Eliot, cuya sombra se extiende sobre la primera mitad del siglo XX y más allá: son críticos muy importantes, poco conocidos del gran público o de la pequeña minoría que se ocupa de los asuntos literarios, pero su importancia es capital en la crítica literaria del siglo XX, porque ellos fueron quienes integraron a la crítica literaria al circuito universitario”.

Es propio de la naturaleza de cualquier texto literario logrado lo que deja sin resolver, como pregunta, paradoja, contradicción. No hay texto que valga la pena que no esté lleno de contradicciones, que no son lo mismo que la ambigüedad como falta de oficio. Esto no es una debilidad del texto, al contrario. Un buen ensayo tiene su forma, termina donde termina, se le ve el envés (como si fuera una hoja del reino vegetal, o un tapete) pero también abre innumerables veredas. Hay contradicciones, tensiones irresueltas en la obra y vida de Enrique Servín. La única carencia –menor– en el libro de Flores es, justo, que éstas no se evidencian más. Por otra parte, entiendo esto como expresión de la admiración hacia la persona y el poeta, y el dolor ante su ausencia. Además, hay que considerar la urgencia de la tarea de dar a conocer y resguardar su obra.

Supongo que mi extrañamiento sería ante sostener en lo alto la obra y olvidar al hombre. Confío que es un temor infundado, aunque todos seremos olvidados. El mismo Flores escribe que seguirá leyendo a

Servín y escribiendo sobre él. Sólo menciono, sin elaborarlos, ya que no es lo propio de una presentación de libro, cuatro de estas consideraciones. El primer punto: pienso en Kierkegaard, en Eclesiastés 1:18: “en la mucha sabiduría hay mucha angustia, y quien aumenta el conocimiento, aumenta el dolor”. No tenía una disposición trágica Servín, pero sí en parte melancólica o nostálgica. *Solitude* pero también *loneliness*, con todo y los muchos grupos o comunidades discretas de amigos. Admiré siempre en él su gusto por la vida. Pero sí le angustiaba el gobierno y la política, la violencia, el futuro inminente de los ralámuli que veía como una incluso mayor degradación. Para lo segundo uso la cita de Pessoa que hace Flores en su libro sobre la vida (52): “la verdadera que soñamos en nuestra niñez [...] la falsa [...] que es la práctica, la útil, aquella en la que acaban metiéndonos en un cajón”. Flores escribe: “Para Servín, la vida verdadera, evidentemente, es la poesía” (54).

Claro que nos acompañan Bloom, Kermode, Zambrano, Rorty, Nussbaum, Borges. Hay una tensión entre esta otra vida, más verdadera que el cotidiano, no en el sentido, por ejemplo, cristiano, sino más cercano a la genialidad gnóstica o romántica, así como a la inmortalidad pagana otorgada a los grandes bardos, que son escritores para la posteridad. Flores subraya, sin embargo, lo que Servín tenía de humilde, “Le concedió un poco de timidez a su carácter ameno, social y amable” (55). Pero a la vez amarra esto a lo que escribe justo antes: “Antes bien, el poseer la llave, el ser la llave, le hizo más humilde y respetuoso”. Flores señala la contradicción, pero no se detiene en ella. Tercer punto, o quizá más un añadido al segundo: Su descuido de su propia obra, restarle valor, publicar muy poco. La buena fortuna de hallar su obra inédita en computadoras ya en desuso y diskettes. Genio que no cuida ni publica su propia obra. En vida, una paradoja más, Enrique parecía preferir, como autor, la invisibilidad, y no la fama o la permanencia. Claro, cabe pensar que siempre escribió para la posteridad,

lo cual parecería lo contrario a la humildad, o estrategia de esperanza. No hay manera de saberlo. Otra paradoja (agónica; sin embargo la vivía –casi siempre– con ligereza de espíritu y sentido del humor), la política como lo más ruín y él como poeta de corte, fuese ICHICULT, Secretaría de Cultura, Gobierno del Estado, para sobrevivir. Una de sus tareas era la de escritor fantasma, escribir textos para políticos o figuras públicas a quienes no apreciaba.

Comparaba el quehacer de la política y la del poeta del siguiente modo: “De manera contraria al político, que busca manipular y pronunciar discursos, el poeta en cambio ... ‘no debe aspirar al reconocimiento, debe aspirar a su forma particular de conocimiento, es decir, debe aspirar al poema [...] La recompensa del amor es el amor, la recompensa de la vida es la vida, la recompensa del poema es el poema’” (99). Vivía la contracultura, la resistencia, a su manera, pero, astuto y prudente, no se involucraba en el ámbito político público. Hay muchos temas que uno quisiera poder platicar con él. Los valores y los contravalores. La fe y la religión, de haberla. Heterogéneo y homogéneo. Persona y Estado. Provincia y lo provinciano. Su austeridad ¿impuesta por fuera?, ¿sabiduría?, ¿vocación?, de cualquier modo vivida con dignidad y sin quejas, exceptuando el mal trato y mal pago de ser un burócrata en México. ¿Qué diría de estos casi siete años transcurridos desde su muerte? Probablemente, de que se parecen mucho a los siete años anteriores, y a los siete por venir.

Lo cuarto que quisiera mencionar queda fuera de la intención y el contenido del bello y valioso libro del Dr. Flores Flores. Aparte de sus dones como lingüista, poeta, políglota, literato, de ser un gran conocedor de los géneros literarios, entre ellos la poesía épica, los mitos, las fábulas, las parábolas, Servín también fue un traductor, del rálámuli al español y del español al rálámuli, como también de otros idiomas al español. Formó a jóvenes poetas, incluidos mujeres y hombres

ralámuli. Creo que la primera traducción fue de *El principito* a Ralámuli. Escribió una gramática nueva. Promovió que los rálámuli optaran por comenzar a escribir, a diferencia de sólo expresarse de modo oral, así como que la señalización en la sierra chihuahuense fuera en los dos idiomas: español y rálámuli. Su preocupación central era la pérdida de lenguaje o *language loss*, como expresó en el discurso de la aceptación de varios premios: Premio Chihuahua, Premio José Fuentes Mares y Premio del Gobierno de Canadá a las lenguas (114). De la oralidad a la escritura es un tema complejo para cualquier etnia: visto como necesidad por Enrique, por el presente en el que vivimos, pero también estaba conciente que en otro sentido vuelve más vulnerable a la propia comunidad rálámuli. Aquí tocamos en el punto más delicado: Poner por escrito la tradición de otros. Había escrito sobre el patrimonio cultural de la mitología rálámuli, así como otro ensayo sobre el poder de los mitos, antes de escribir *Anirúame: Historias de los tarahumaras de los tiempos antiguos*, una colección de leyendas, mitos, historias rálámuli, por el que recibió el Premio Internacional de Cuento, Mito y Leyenda Andrés Henestrosa. Cuando algunos de los jóvenes poetas rálámulis, y otros miembros de la comunidad, expresaron su desacuerdo ante estas traducciones y escrituras cuyo origen (o orígenes, dadas las distintas versiones) era oral y les correspondía a ellos hacerla, la respuesta de Enrique fue preguntarse sobre lo mismo, reconocer la verdad de lo que le decían (le causaba cierto escrúpulo, me confío en alguna ocasión), pero también indicarles que él llevaba muchos años pidiéndoles que hicieran las traducciones ellos mismos. Aceptaron su respuesta. La mayor parte de su obra fue una defensa de la cultura y la mitología expuestas, de “la tradición literaria”, escribe Flores, “o, si se quiere, *oralitura* (119).

Es un libro bellísimo, genial como interlocutor de los mitos de las grandes tradiciones de la humanidad, y tema para otro libro. Sólo señalo, antes de terminar,

lo fascinante que resulta el fenómeno. Lo puesto por escrito, que es un acto performativo, en el libro, es de los ralámuli y es de Enrique Servín; es tradición oral llevada a la escritura; es traducción del ralámuli al español. Son inseparables etnia, persona no perteneciente a la etnia pero cercanísimo a ella, literato, poeta, gramático, lingüista, traductor, ethos (en plural), poética (la de Servín). Se corre el riesgo, pero es posible evitarlo, de que suceda lo mismo que con la *Ilíada*, el *Gilgamesh* o los Evangelios, que la escritura fije y limite la oralidad. Quiero pensar y deseo que los poetas ralámuli hagan sus propias traducciones, al ralámuli escrito y al español, de su propia cosmovisión, compartida hasta fechas recientes sólo de modo oral, así como ficciones y otros géneros. Que pervivan la tradición oral junto con las traducciones, las puestas en letra, y su naturaleza fluida y de muchas voces.

El *Mar Mismo* se centra en el libro de poemas, *El agua y la sombra*, *El cuaderno de abalorios* (aforismos) y algunas prosas breves. Es honesto y ético sobre lo que incluye, y lo que no, y las lecturas que considera pendientes. En el capítulo, *El corpus servinista*, Flores enlista, nombra, describe brevemente toda la obra del maestro Servín –la conocida hasta ese momento–, incluidos los discursos de aceptación, artículos, ensayos y comentarios, lo cual ya en sí es una gran aportación. Al final de su libro, ensaya Flores de modo bello y lúcido dos ensayos de Servín: “Tres grandes novelas” y “La arena y la voz: el desierto en la imaginación literaria”. El autor se deja a sí mismo una tarea, y también se la encomienda a las lectoras y lectores de *El mar mismo*, ahondar en la obra de Enrique Servín. Habla Flores en alguna parte de que leer a Servín es leer una biografía “curativa”. El más bello de los aforismos servinistas para Flores es el siguiente: “En el silencio del desierto se gestan libros sagrados” (110). Es *El mar mismo* testimonio de la atenta y sensible lectura de la obra de un extraordinario poeta y ser humano recién fallecido.

Referencia:

Flores Flores, Jorge Alan, *El mar mismo*. Chihuahua: Medusa, 2025.